

3448

E-813

MOSC



LUIS A. MOSCOSO VEGA

Legendas

i

Tradiciones Orientales

Ilustraciones del mismo autor.



Cuenca—Ecuador

1937

(Reservados todos los derechos.)

DEDICATORIA

*A mi hermano Víctor,
compañero en la flo-
resta legendaria.*

A MANERA DE PROLOGO

EN EL ORIENTE ECUATORIANO

Como se viaja

Raya el alba; las mulas están aparejadas i a su lado el mulante; el viajero nostálgico y agitado, carga sus fiambres i sus ponchos i, después, con un "hasta la vuelta", se despide de su mujer i de sus hijos.

Alza! subel Chol... por fin termina la primera cuesta i entran al inmenso pajonal. Parece que el alma se dilata: se está en un mundo nuevo de cosas téticas y misteriosas.

Siguen con acelerado paso: en todo el trayecto van derrochando energías; madrugaron en los hatos de Bolo i entran ya al OSO ARMANA: un túnel, un verdadero túnel hundido en la garganta de la montaña, tapado con hojas i ramas entrelazadas que oscurecen el funesto desfiladero, cuyas paredes, rayadas i carcomidas por el roce de cabalgaduras, parece que se le vienen encima.

—Eh, cuidadol...—Ya no pudo i cayó la cargadora, sin poder dar el salto.

—Ayúdeme, compañero!

—No es posible pasar, la recua se ha apetrujado en el túnel.

Arriesga la cabeza i, a gatas, por debajo de las bestias, llega a la que cayó: la levantan: diez minutos perdidos.

—¿Cómo se hace, pregunta uno, el *primerizo*, cuando se encuentran dos viajeros, de los que el uno viene y el otro va?

—No me he encontrado en tan difícil trance aún. Andamos muy preocupados aquí, siempre se grita i se espera que salga uno de los dos.

Jadeantes y sudorosos coronan la cuesta i salen al glacial MATANGA, (4.000 metros de altura), donde niebla densa impide, en veces gozar de aquella constelación de cerros i de cordilleras que se extienden hasta confundirse con el cielo.

Léganse al larguísimo y espeluznante descenso del CHURUCO: irregular i fantástica gradería de granito i pizarras, el punto más peligroso en el camino a Gualaquiza. Aquí la perspectiva engaña graciosamente hacia el tambo de GALLO CANTANA, recostado en las faldas de los montes, muy abajo, allá, donde se inicia la vegetación del Orto: la ilusión finge que andados veinte metros se llegaría al término de la visual; pero se baja i se baja i se baja por el medroso camino de caracol i el tambo, lejos todavía...

Se adelanta el compañero de a pie, i saca debajo su camisa, una cerilla que la enciende, implorando auxilio del Cielo, entre otras cosas, al pie de una cruzcita apolillada i triste, vestida de crines i flores silvestres. Costumbre original i que llama la atención a quien la ve por primera vez! También en ese desamparo se adora el símbolo de la redención!

Después de GRANADILLAS, se llega al Río Blanco, empleando tres horas eternas en el descenso macabro de esa boca de infierno. I en verdad mientras más se baja, asciende la temperatura, hasta que del río para allá, uno se despoja de sus abrigos que le fueron tan necesarios en frente del Matanga helado.

Desde aquí se nota una vegetación rica, generosa, nueva y extraña.

Crepúsculo de matices rojos i dorados baña la inmensidad del Ande, i cuando empieza el monótono grillar, llegan maltrechos i mojados al pequeño tambo de GALLO CANTANA.

Ahora un tambero viejo, largo, seco i macilento, con vestido astroso, fumando un tabaco de aromática humareda, les tiende la mano i les ofrece hospedaje.

Vase, todo él circunspecto i meditabundo a ordenar a sus hijos que preparen pasto para las bestias, i vuélvese después a los recién llegados para hacerles un examen completo sobre novedades de la ciudad.

Cierra la noche; el tambo está repleto de fletadores, cuya charla unida al bullicio de los grillos, impide conciliar el sueño al *amo*, que recostado en un lecho de duras cañas, revuelca sin hallar postura...

...Son las cinco de la madrugada; todo el mundo, casi a tientas, prepara sus maletas, i soñolientos todavía, pagan de la hierba al dueño que, en pie, a la puerta, cuenta muchos nikeles... I, después, otra vuelta al camino...

Viene la larga travesía, llena de fangos y de lodo glutinoso, donde las mulas de hunden hasta el pecho i hacen esfuerzos sobrebestiales por desasirse. Así va pasando CHIQUINDA y acercándose las CHORRERAS. Allí cambia el espectáculo: un cielo de nubes negras; aves de plumaje encantador i de dulce garganta; árboles enormes se yerguen desafiando al tiempo y al hacha de los entabladores; insectos, mariposas inquietas de bellos i caprichosos matices; plantas, helechos, etc., etc., forman contraste con la majestad de las montañas: parece que luchan la plácida belleza i lo sublime del infinito...

Empieza lentamente una llovizna que luego se convierte en tempestad; el pobre indiezuelo recurre a flollajes para defenderse: es el paraguas del páramo y de la pampa.

Mientras más se interna, sube el calor.

Entran en un camino estrecho i sombrío, entre precipicios y abismos.

Se oyen gritos que son contestados por los que van; al fin se encuentran, desgraciadamente en la parte más estrecha. Doce mulas agitadas y sucias salen de Gualaquiza, cargándose sesenta litros de alcohol cada cual.

—Pasad vosotros que estáis vacíos, pasad por el bordel

Los mulares yerguen las orejas i resoplan ante el peligro.

Se oye ruido seco y en seguida crujir de ramas que va perdiéndose, a medida que el despedazado cuerpo de un animal va abismándose i dejando la piel en las zarpas: queda bañada en sangre toda la pendiente...

El pobre dueño, un indio haraposo, se agacha, llora, se desespera, lanza gritos desgarradores mezclados con palabras de furia, de locura; quisiera bajar para ver deshecha su fortuna, pero sería suicidarse envano, pues no la encontraría... La mula más mansa, más fuerte, la que lleva

ba los fiambres, esa ha muerto. Se ha perdido todo!

Se abraza al amo y llora tiernamente. Pobre infeliz, ha perdido su riqueza! Vuelve, mira otra vez, lanza un suspiro y reanuda su camino, lleno de amargura. Todo el trayecto va recordando i haciendo un diálogo trágico y doloroso.

Llegan a las CHORRERAS, cascadas, verdaderamente dignas de admiración; echan agua fría y purísima desde una altura de sesenta a ochenta metros i cortan el sendero para otra vez lanzarse al abismo.

Arre y arre, por fin el ROSARIO; luego el AGUACATE, donde hallan por hospedaje un ramal. La noche cierra negra i triste.

Acostados ya; viene el sueño atormentado por fantasmas misteriosos, i a estos se añaden los quejidos lastimeros que nacen de una cabaña vecina, donde un enfermo de las panendémicas calenturas, en la inconsciencia de su alta temperatura, prorrumpe en ayes matadores...

El último tambor; amanece i bajo la lluvia i sobre el barro, se columbra Gualaquiza, bella y pintoresca cuenca de verdes y amarillentas parcelas; cercada de gigantescos bosques i elípticas cabañas de salvajes...

Muerta quedó la mula del mulante; i está en quiebra el estómago del cristiano...



IGUANCHI (1)

La codicia del oro, más que los atractivos de exuberancia i generosidad en productos agrícolas, llevó a nuestro Oriente Ecuatoriano, en los últimos años, infinidad de colonizadores y aventureros...

Un hombre joven i robusto, henchido el pecho de coraje, desilusionado de la vida, que siempre le fue adversa; revolucionario y guerrero innato, abandonó la ciudad de Cuenca i fuese a levantar entables en las entrañas de la selva oriental. Prefirió, acaso, ser pasto de un felino a soportar la miserable vida en un arrabal ciudadano. Acaso en la soledad de las montañas i en el peligro de la vida rudimentaria i nómada, encontraría ambiente para su alma soñadora y grande...

Por sus múltiples aventuras i por sus hechos de verdadero valiente, los salvajes bautizaronle con el nombre de *Iguanchi*, pues en él vieron un hombre superior i talvez sobrenatural. El idioma jíbaro no les ofreció otra palabra para expresar su admiración i temor.

Iguanchi señaló su residencia en la bulliciosa vega del Bomboiza, muy cerca de la confluencia con el Zamora: gigantescos ríos que se abrazan en un dorado remanso de dulces confidencias.

Mas, la monotonía de la agricultura, cansóle, i resolvió adentrarse en el bosque, sin rumbo i sin fin. En frágil

(1) En jíbaro, significa demonio.

lancha arribó a las enmarañadas orillas opuestas i, sin más lazarillo que su intuición i sin más compañeros que su valor i algunas armas de caza, aventuróse por estrecho sendero; peligroso i frecuentado sólo por los salvajes en sus cacerías de pumas.

Cinco largas jornadas anduvo por la selva virgen. Las fantásticas alfombras de multicolores terciopelinas i exóticos helechos, eran a veces trampas sobre abismos i despeñaderos. Sarmientos entrecruzados i nudosos bejucos, daban aspecto carnavalesco en la titánica flora oriental: enormes columpios colgaban de lo más alto de las palmeras, que significaban para *Iguanichi* ágiles vehículos para acortar distancias, salvar peligros i vencer malezas intrincadas que, cual escollos de granito, se repetían en el interminable sucederse de bosques y montañas. La hojarasca crujía al paso de plantigrados en las tormentosas noches de su andanza; gruñían las fieras i, de rato en rato, prolongado, agudo y tético el quejido de las aves nocturnas, repercutía en los ámbitos de la selva; i todo para *Iguanichi*, era serenata ritual en su oscura odisea.

Un día, al fin, desde un otero, vió bañarse de luz la rústica techumbre de un bohío jibaro.

Como un remoto piélagos de maternal cariño vió *Iguanichi* la vivienda elíptica, i llegóse hasta ella para solicitar albergue, comida y descanso.

Gente hospitalaria es el indio de nuestras selvas orientales; aunque algunas veces sean necesarios agudeza e ingenio para conseguir su aprecio. *Iguanichi* conocía ya la manera de captarse simpatías, obligando a Tuidza, adusto jefe de familia, a servirle i respetarle.

Tuidza, indio enhiesto, de musculatura hercúlea i de mediana edad, estaba desposado con tres hermosas jóvenes, entre quienes sobresalía una rubia tostada, cuyos dorados cabellos, eran singular recuerdo de la raza española desaparecida en Sevilla de Oro. Grandes ojos azules, de dulce, triste y sereno mirar, rememoraban ancestrales aristocracias i eran, en la cara de María, peculiar distintivo entre las otras dos esposas, mujeres de pechos exhuberantes y erectos, labios sensuales, ojos negros y brillantes, cual la noche en las selvas seculares.

La sangre europea que corría tanto en María como en *Iguanichi*, hizo que la corriente de simpatía tuviese la rapidez de la luz. Se vieron y se amaron. Para María la visión de *Iguanichi* fue la redención de su exclavitud; para *Iguanichi*, fue María la redención de su soledad.

*
**

Pasaron algunos días. Tuidza llegó a respetar i estimar a *Iguanchi* i, juntos, como viejos amigos, salían las mañanas al lavadero de oro que quedaba a media hora de la choza, en la abrupta orilla del Zamora. Juntos compartían los frugales almuerzos preparados por la rubia: yuca blanda y fresca, plátano cocido, a veces, carne de ave, i chicha preparada entre los blancos dientes de las esposas de Tuidza.

El trabajo no compensaba siempre los sacrificios de esos hombres que ya no podían conseguir la realización de sus esperanzas: la lluvia repentina, las crecientes improvisadas del río, el continuo acecho de tigres y pumas, los insectos venenosos, las terribles serpientes, etc., etc., impedían frecuentemente, seguir la labor comenzada, obligando a los solitarios exploradores a encerrarse en la vivienda.

Cada tarde, las tres esposas, esperaban a los trabajadores, con sonrisas i *piñingas* (1) colmadas de bebidas aromáticas.

Cada una de ellas, como es costumbre, ofrecía a Tuidza un potaje a cual mejor, disputándose su inicial sazón. I el polígamo, con grande aparato y repetidos ademanes, cedía a *Iguanchi* el mejor plato.

*
**

Costumbre peculiar i rigurosa la que observan las mujeres jíbaras en sus huertos, todas las madrugadas, sin faltar una, apenas raya el alba, recorren los sembrados, arrancando una que otra yerbecilla nacida por la noche, arrojándolas a sendos tuestos con carbones incandescentes. Las parcelas de yuca, barbasco, etc., tanto por el cultivo como por la feracidad de los terrenos, son modelos de técnica, asiduidad i constancia...

Fue una madrugada de sol de oro, musicalizada con la mejor orquestación de vistosas canoras; serena, apacible i poética, rival de aquellas que Raymond describe de los campos de Polonia.

María—la rubia tostada—habíase levantado antes que las demás esposas: el dorso desnudo, dulcemente inclinado; los cabellos sueltos como en una Estrella Errante de un armonioso acabado, con la tersura y delicadeza de las lí-

(1) «Vasija que sirve de taza, plato, etc.»

neas esculturales, parecía una ofrenda extática i silenciosa ante Febo, o un escorzo fugado de la Sixtina: Sorolla no hubiese desdeñado eternizar ese pictórico momento.

Admirado y mudo la contemplaba *Iguanchi*, detrás de un matorral espeso. Con un leve silbido hizole volver a María, en cuyas mejillas pintóse todo el crepúsculo, al ver a su imposible amante que, en intranquilo atisbo, solicitaba una cita, un coloquio...

—María, exclamó *Iguanchi*, con dulce acento, pensando en su próxima reivindicación racial.

—*Iguanchi*, contestó ella— no me asustes: *aishur* (1) está celando, ha ofrecido a sus dos mujeres arrojarme al Zamora.

—Tú eres bella, me has robado el corazón todo entero; sería necio si dejara de verte; te quiero más que Tuidza; déjalo, ven conmigo, yo te adoraré i te llevaré a la ciudad: entonces serás mi reina i mi señora.

Esto dijole *Iguanchi*, tembloroso i emocionado, i tan llenas de amor fueron sus frases, que conmovieron hondamente a María, haciéndola perder el recelo y en un transporte de amor, exclamar:

—También te quiero, *Iguanchi*; eres de mi raza; conozco la trágica historia de mis antepasados... No sé ahora qué es lo que digo; vete, me das vergüenza...

Deslizándose *Iguanchi*, cautelosamente, llegó a María...

El beso prolongado, convirtiéndose en frágil y galante idioma para esas dos almas que tan eventual i remotamente, encontraron su sino feliz, brotado entre helechos y palmeras, vivificado con grandiosidad de Amazonas, hallado entre cedros milenarios, aromatizado con ambiente de tomillos, vainillas y cedrones...

*
**

Las dos esposas aparecieron repentinamente i, con una prolongada interjección de silenciosa envidia, quedáronse mirando el idilio, admirando el coloquio, intuyendo el juramento, adivinando la promesa i censurando crudamente la infidelidad de María, a quién ya veían perderse en las tormentosas aguas del Zamora, al golpe rudo y reivindicador del esposo ultrajado.

Sólo el sagrado respeto a la ley del hospedaje, contuvo a Tuidza, que de otra manera se hubiese bebido la san-

(1) Marido, esposo.

gre del atrevido. Parecióle en aquel momento que María era la predilecta de su corazón. Jamás hubiese tolerado en ninguna de sus esposas la menor señal de infidelidad, menos aún en María.

Tomó su lanza; llamó a los salvajes de su tribu i en su compañía, ordenó con fiero lenguaje a *Iguanچی* que inmediatamente desocupase su casa i se alejase del Zamora.

—Me iré, dijo *Iguanچی*, me guiarás hasta la orilla.

—Si, te acompañaré, contestó rugiendo el indio, i para que la despedida sea completa, irán conmigo mis esposas. Sólo espero tu salida para tomar perfecta venganza de la que profanó mi hogar.

Con desafiante valentía Tuidza inició la marcha, seguido de una docena de sus mejores guerreros.

Las torrenciales lluvias habían convertido el Zamora en un mar alborotado: las olas enfurecidas arrastraban gigantescos troncos i enormes piedras.

Tuidza, rugió de coraje al ver que no podía deshacerse del importuno huesped cuya muerte no le permitían desear las superticiosas creencias de su tribu. Tendría que esperar talvez dos días para que disminuya el caudal de las aguas, que habían subido como nunca. Apenas había indicios de la anchurosa isla, cita en medio del cauce. El río en la parte superior tenía lo menos un kilómetro de ancho i al recogerse más abajo de la isla, frente al lugar a donde habían salido, la confluencia de los dos brazos, era un torrente enfurecido: el choque de las corrientes diagonales, formaba montañas, levantando árboles, como en un cataclismo singular que bramaba con mil gargantas de leones.

—Adios, dijo *Iguanچی*; ciñóse la ropa, mordió un cuchillo, arrojó el *playero* (1) hacia un zarzal i extendió los brazos para despedirse de su amante.

Los indios echando espumarajos, a una señal de Tuidza, izaron las lanzas i opusieron a la partida de *Iguanچی*, pero éste derribólos a puñetazos i, dando un salto de atleta, cual resorteante felino, tomó a María en sus fornidos brazos i hundióse con su amante en las espesas entrañas del rugiente río.

¡*Iguanچی, Iguanچی!*—exclamaron los indios, perplejos de temor i admiración, ellos que nunca imaginaron se podía buscar la muerte en forma tan horripilante...

Los dos cuerpos, abrazados en amoroso éxtasis, aparecieron dando tumbos en las crestas de las olas: débil ju-

(1) Sombrero de anchas alas.

guete de las furias desencadenadas, subían y bajaban al ritmo de la creciente.

Los salvajes se disponían a regresar, cuando de improviso vieron en la orilla opuesta a *Iguanachi*, en pie, que levantaba en sus brazos a *María* i la besaba con ternura.

Los indios cayeron de rodillas, en superticiosa admiración...





LA HORMIGA CONQUISTA

Centro codiciado para investigaciones científicas es nuestro Oriente: la flora i la fauna tienen allá misterios i sorpresas insospechadas.

Un alemán que asistió a la gran catástrofe de la última guerra europea en 1914, temió como a un vestigio la posibilidad de un próximo conflicto i resolvió venir a un lugar apartado en la América del Sur, como el oriente ecuatoriano, i allí dedicarse, lejos de su patria i en silencio, al estudio de nuevos problemas botánicos i a coleccionar insectos todavía desconocidos.

En su viaje, llegó a Cuenca, en donde le aconsejaron se dirigiera a Méndez, como un pueblo de más fácil acceso i de mayor adelanto, en relación a los demás centros de la sabana trasandina.

Tras penoso viaje, Ismael Koenig, nuestro protagonista, llegó a Méndez; el deseo de mayor soledad i calma, movióle a seguir camino adentro en la montaña: pasó por Macas, detúvose poco en Indanza, llegó a Gualaquiza, bajó a Cuchipamba, dirigióse a Sevilla i en ningún punto encontró ambiente para su alma triturada i atormentada aún por el bombardeo i dinamitazos de la guerra europea. Siguiendo la orilla derecha del Zamora, recorrió gran parte del oriente lojano, hasta que después de veintiocho días de rodeos i de andanzas penosas, llegó a Borja, más adentro del gran pongo de Manseriche; escogió un encantador i

solitario paraje, donde fijó asidero e instaló su pequeño laboratorio científico. A alguna distancia, oíase el inmenso rumor de la desembocadura del Santiago en el Marañón.

Nada llevaba sino sus instrumentos científicos; un hermoso dogo era el único compañero en su solitaria vida de ermitaño, hasta que un día, el destino le obsequió con un muchacho extraviado, de unos diez a doce años, con quien a duras penas pudo entenderse i el que fue después, compañero fiel, guía perito i angel conductor.

La alimentación se componía de fruta silvestre, de armadillos, conejos y pescado. El pequeño compañero de Koenig, a quien llamó Carlos, habilísimo pescador, buceaba junto a las profundas orillas, con gran valor i provecho: era de contemplarle, desnudo i cimbreante, zambullir con destreza, como un langostín i flotar luego con un dorado (1) entre los dientes.

Los días de descanso, Koenig, acompañado de Carlos i el dogo, salían de cacería i volvían de tarde a su albergue, disputándose la primacía en haber aportado mejores presas que se renovaban cada tres o cuatro días.

Con pieles de venados, tigres, ardillas, osos, gatos, etc., etc., Koenig aparejó su vivienda, levantada con guadúas; Carlos formaba dibujos decorativos con conchas de armadillos, pepitas multicolores, alas doradas de moscas, dientes de monos i largas i caprichosas pieles de serpientes, todo esto sobre tejidos de paja toquilla. Encontró en sus andanzas un verdadero bosque de vainilla, cuyos retoños trasplantó a su morada. En cañas de dulce médula, criaba cocuyos, cría que era apoyada por el naturalista i recompensada con uno que otro disparatejo. Asimismo, para alumbrarse en las noches oscuras, buscaba zapátara (2) i aportaba infinidad de insectos para el estudio i colecciones de su amo.

En las copas de los árboles, a las orillas pintorescas del Amazonas, Koenig hacía trampas que le daban gran resultado. Carlos, detrás de la choza, amuralló un sitio para criadero de plantas exóticas, dispuestas sistemáticamente en grandes vasijas hechas de troncos de cedros.

*
* *

Pasaron dos años; Koenig imitó a los bárbaros en su

(1) Pez muy delicado y de abundante comida.

(2) Almendra muy aceitosa que los jíbaros usan para el alumbrado.

vestuario: llevaba por toda indumentia, un itipí (1) de pieles i de plumas de papagayos; habíale crecido abundante barba que era a la vez distintivo de hombre i precaución contra las picaduras de los mosquitos.

Ya el pequeño asidero, se transformó en parcela prolijamente cultivada; con plantaciones de yuca, barbasco, guineos i otros arbustos que conseguían en sus tardías excursiones al Santiago o a Borja, formaron un vistoso huerto. El jardinillo había prosperado halagüeñamente; las flores eran variadas i daban lugar a que las cuadernillas se llenasen de apuntes i detalles de gran valor para los sacrificados a estudiar la ingrata naturaleza de los trópicos.

Un futuro muy prometedor ofrecían a Ismael Koenig sus colecciones i sus estudios: nuevos horizontes preparaba para la ciencia: con raíces, hojas, infusiones i zumos de hierbas, hizo experimentos i obtuvo resultados satisfactorios; a los salvajes arrebató grandes secretos como analgésicos contra dolores de muelas i oídos; específicos contra el cáncer i la sífilis; sustancias industriales, en colores, tintes, especialmente el conocido e inimitable *charol rojo*, indeleble y duradero, que hasta entonces era un secreto i un verdadero valor para los indios; obtuvo, a fuerza de constancia i estudio, tintas para el cabello, en colores castaño, rubio i azabache: perspectiva azul para el mundo femenino.

Halló nuevos tipos de insectos, sobre todo en los lepidóperos; en estos últimos, descubrió, además del comején, citado ya en la zoología, uno, de color violeta, perceptible sólo a la lente, de vida efímera, pero enemigo acérrimo de los caucheros.

*
**

Koenig i Carlos, seguidos del dogo, recogían mariposas de colores primorosos. Las trampas estaban llenas de diversos insectos.

Habían recorrido gran trecho, entretenidos en su labor, cuando de entre la muralla espesa de gigantescos árboles, percibieron lastimeros aullidos del perro que se quedó oliscando un agujero en busca de armadillos. Acercáronse al lugar amagado i contemplaron la escena más novedosa i espectacular del oriente: un ejército de millares de millones de hormigas venía arrasando i devantando las plantaciones de la floresta: los árboles quedaban luego escudíidos;

(1) Taparrabos.

las hojas y retoños eran devorados, por el ejército invasor, que llevaba como trofeos de victoria lo que perdonaba su incontenible voracidad. Las aves i aún los osos hormigueros, huían despavoridos, como de un ciclón o de un monstruo apocalíptico, ante la inmigración gigantesca de la Conquista.

Las bestias huían ante el inminente peligro constituido por el alud de las pequeñas hormigas:

La Hormiga Conquista, la temible hormiga que devora todo lo que encuentra a su paso i limpia de bichos las habitaciones i los bosques: la sanidad del orto.

La selva quedó limpia de animales i sólo el sinuoso maremagnum de hormigas, recorría la planicie, resquebrajando hojas i arbustillos.

Koenig no cabía de placer ante espectáculo tan curioso i jamás soñado: —tengo un interesante detalle, decíase, contemplando la tragicomedia *hormigaresca*.

Al fondo de un tronco podrido, dormía plácidamente una enorme serpiente de color rojo i negro: venenosa i feroz como las cobras de la india i pintoresca como las corales, a cuya familia seguramente pertenecía.

El gran desfile de hormigas, sorprendió a la sierpe.

El enorme ofidio tomó la forma de arco, como suelen hacerlo, para que por debajo pasasen los hormigas; erguíanse en amenazantes i asimétricas figuras; azotábase contra los troncos i el suelo; arrastrábase i retorciábase con rapidez vertiginosa, aplastando i destruyendo millares de hormigas, pero el incontable número de éstas reponíase i, galopando en la monstruosa serpiente, la devoraban con avidez, hasta que, al cabo de diez minutos, los anillos completamente legrados del reptil, quedaron cual blanco despojo entre el verdoso cesped... I pasó el victorioso ejército tan numeroso i fiero como antes, en busca de nuevas víctimas.

.....

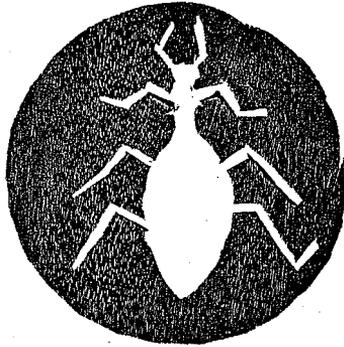
Koenig regresó a su cabaña. Soñaba en publicar volúmenes interesantes de su vida de observación i sacrificio. Al llegar quedóse yerto al oír a Carlos que le decía:

—¡Señor, la Conquista ha inundado la casa; el suelo está barrido!

Gran desilusión; triste epílogo de una vida tan prometedora: la casa quedó esquelética; nada de cuanto le costó tantos sacrificios, había quedado: las hormigas habían devorado insectos i plantas; despedazado apuntes i coleccio-

nes; limpiado las paredes de toda armazòn i echado al suelo sueros i preparados, destruyendo tubos de ensayo i toda la cristalería química. Arruinaron helechos, hongos i parásitos. ¡La mansión, antes pintoresca i valiosa, quedó como el primer día de haberla levantado!

El egoísmo de la naturaleza oriental, se opuso a que el Viejo Mundo arrancase secretos que los guarda para sus legítimos dueños que todavía no saben conocerlos. El Oriente Ecuatoriano es el regazo ignoto i rico donde se refugiará la raza cuando las demás zonas se agoten i le nieguen sus frutos...!





EXUBERANCIA

De Gualaquiza adentro, en un lugar pintoresco que ahora lleva el nombre de Proveduría, el calor fue más intenso i peligroso en los meses de noviembre i diciembre de 1900. El termómetro señalaba, como término medio, 35º, siendo esta circunstancia parcialmente ventajosa para algunos ramos en la agricultura.

En esta época, cuenta la añeja leyenda, que aparecieron en las selvas orientales, un extranjero con su esposa i dos robustos i valientes hijos.

Prevalido el padre de familia en su experiencia de viejo, pues contaba sesenta i dos años; en su labor i en sus bien mantenidas energías, aventuró a internarse sin rumbo, en la compleja i peligrosa zona trasandina. Iba en busca de tierras generosas i baldías para levantar entables, ya que su patria, la vieja Iberia, le había negado todo socorro.

Entonces los salvajes eran más rudos i feroces i la intromisión de blancos constituía peligro inminente.

Las montañas vírgenes, eran extensas e intrincadas i los árboles milenarios, se erguían gigantescos, desafiantes i poderosos, como reyes del incommensurable bosque; abundaban las fieras i las presas de caza, exquisitas i variadas, se ofrecían a cada paso.

Los entables i chozas, contados i escasos, quedaban a grandes distancias los unos de los otros.

—Es preciso dejar señales del camino recorrido, dijo el padre— algún día tendremos que volver i si no nos guiamos por algo, jamás saldremos de los inmensos bosques i acaso seremos pasto de fieras o hallazgo para los jibaros.

Iban haciendo destajamientos en árboles de la misma clase, en todo el trayecto, en ambas orillas del estrecho sendero; así como regando de trecho en trecho, granos de maíz i fréjol.

Del punto de Cuchipamba, fueron hacia el suroeste, llegaron a Cuyes, i siguieron hacia el oriente, tres jornadas más.

El viaje, que lo efectuaban a pie, fue más penoso i difícil cuando, internándose en la selva, tenían que abrirse paso entre los espesos matorrales i entre las murallas tupidas de bejucos i trepadoras.

El calor era irresistible; la selva continuamente crujía al tostarse su fronda i nada había fresco dentro de ese enorme horno; aún los arroyos i ríos que regularmente se deslizan dentro de espeso follaje i que suelen ser fríos, entonces estaban tibios i no quitaban la sed ni refrescaban.

Las provisiones se agotaban casi totalmente i la caza i la fruta silvestres, cada vez eran más escasas, de tal modo que los excursionistas casi se alimentaban ya de hierbas i de zumos, parece que llegaron a ciertas regiones estériles que desarmonizan en la fecundidad de la floresta.

Los vestidos desgarrados i las botas destapadas, dificultaban la marcha y presentaban difícil porvenir a los extranjeros que no encontraban paraje a su capricho i que soñaban con entrar a un paraíso de los que los ilusorios de allende la cordillera, decían existir en la misteriosa i oculta selva del oriente.

Julián, el hijo mayor, desistió de seguir adelante i opúsose a las órdenes de su padre, que obligando con esfuerzos i amenazas, llevóle una jornada más, donde encontraron una habitación de salvajes sumamente estúpidos, que por primera vez, vieron una raza distinta.

Valiéndose de artificios, pequeños regalos y por último de sus armas, pudieron los españoles dominar a los indios: consiguieron hospedaje y un poco de yuca guardada, que les vino como exquisito manjar, después de algunos días de ayunos.

I conquistaron los españoles la pobreza y desnudez de los salvajes, que les obsequiaron con lo poco de su rudimentaria industria i la escasez de su despensa.

Ancestrales codicias guardaba aún la ambición de nuestros conquistadores de antaño...

La noche fue lóbrega en el paraje umbrío.

*
**

Nació otro día para la desventura de Pedro i su familia. Disponíanse ya a seguir la interminable búsqueda de propicios campos, cuando la esposa, refirió a su marido, entre sollozos i lágrimas de desesperación, que Julián, el hijo más valiente, había desaparecido, sin saberse ni poderse averiguar su dirección; era inescrutable su ruta. La vegetación era enorme i por todos lados, se veían tan sólo, derroteros i abismos insondables. Los helechos arborescentes, medían hasta cuatro metros i los cedros, cauchos, canelos, *zotas*, nazarenos, taguas i otros árboles, eran moles inamovibles i amenazas para el diminuto ser humano que intentase bucear sus tallos enrevesados i cubiertos de redes de parásitos.

A pesar de eso, los desesperados padres, lo buscaron como pudieron, ayudados por los salvajes: los vericuetos i escondrijos eran tales, que no dieron con el paradero de Julián.

—La salvaje montaña nos ha robado a nuestro hijo, a quien, ni la propia Andalucía nos lo pudo arrebatarse; ¡maldita búsqueda de tesoros ilusorios!—gritaba la madre.

—Es inútil continuar averiguando su paradero —dijo Pedro— después de algunas horas perdidas; —sigamos nuestro derrotero más solos que antes, porque él regresará a donde le plazca, si puede hacerlo: es ya demasiado hombre i posée mucha experiencia de las aventuras que sobrevienen en esta clase de excursiones; cuántos años ha pasado entre Sierra Nevada i Sierra Morena, cuántas veces ha ido por todos los bosques que atraviesa nuestro Guadalquivir, en la ahora extrañada i amada tierra andaluz!

I siguieron hacia la abrupta e intrincada selva.

¡Qué se proponían, a dónde iban? Acaso tenían sabido de alguna mina rica o de algún lugar paradisíaco, para así sacrificar todo lo poco que trajeron de su patria; un resto de vida i un poco de valor...

*
**

Después de meses largos de una odisea trágica en dar vueltas i rodeos, llegaron a El Limón, donde hubo abun-

dante caza i frutas silvestres.

Siete meses entre recorridos i permanencia, completaron los aventureros i, una vez conseguido algún beneficio —oro, pieles i productos desconocidos en España— regresaron por el mismo y peligroso sendero.

Llegaron a la amarga morada donde perdieron a su hijo i la noticia que tuvieron de él, fue que vivía en un rincón inaccesible con una bella salvaje, raptada de entre las esposas del indio que antes les dió hospedaje.

—Siquiera vive— exclamó la atribulada madre e insinuó a seguir el camino en dirección del lugar por donde andaba el hijo perdido.

Prosiguieron la marcha penosa i agitada. En las hondonadas, el calor tostaba i restaba energías, a pesar de los repentinos y torrenciales aguaceros que acrecentaban los ríos e improvisaban cascadas.

Los tres peregrinos llegaron a un otero, desde donde dominaron un robledal cercano; entre las zarzas percibiase de rato en rato, saltos y retozos de liebres, cobayas, ciervos i jabalíes. Se acercaba ya el bosque generoso que antes les ofreció abundante caza i exquisitas guayabas, naranjas mameyes, chirimoyas, sapotes i otras frutas silvestres en aquel lugar.

—¡Tierra de promisión, exclamó la madre, con tranquilidad— podremos vivir ya de lo que nos brinda la tierra i el aire!

Bandadas incontables de pavas montaraces sacudían la fronda del bosque i los papagayos, loros, carpinteros, e infinidad de patos i gallináceas, endian el espacio en alegre algarabía. Los monos de primorosos grises, recorrían vertiginosamente la enramada, lanzando chillidos que repercutían en la tupida montaña.

Era el lugar preferido por el mundo animal: hasta los tigres i leones tenían allí sus cubiles i pequeños.

La onomatopeya había evolucionado en muchos animales i aves: pájaros que modulaban un "por aquí"; la valdivia que imitaba un "al hueco va", seguidos de sus cini-cas i espeluznantes carcajadas. ¡Ah, las carcajadas de la valdivia: es la hiena de los bosques índicos, en nuestro oriente! Había otros que imitaban el relincho de un potro; el diostedé, que repetía su nombre, etc., etc., amén de los monitos verdes i pardos que a veces lanzaban ayes, otras, gritos, i algunos, interjecciones pescadas a los mulantes que pasaban continuamente.

Era un rincón exótico i fantástico: parece que la salva-

je región quiso hacer soñar a los aventureros: en los gruesos troncos, enredábanse enormes líquenes color oro i siena tostada, que tenían toda la apariencia de serpientes dormidas; al lado, cambiábase la escena: sierpes enroscadas, hundidas en el cespéd, parecían helechos a medio podrir. Los dos reinos confundíanse fácilmente ante los ojos desavisados de los europeos: hubo momentos en que Pedro, recogía gelatinosos parásitos, confundiéndolos con mariposas; otros, en que se le escurrían entre las manos, pequeños ofidios que los había tomado por sarmientos flexibles.

De improvisó gritó la señora, que había sido pinchada fuertemente por una hortiga, (primorosos engaños), cuya flor roja, sobria de pétalos i aromática, tentó la feminidad de la esposa... No pasó largo rato sin que el hijo menor, diérase un ay lastimero.

—Una culebra se introdujo por la polaina i ha subido hasta el muslo; tengo presa su cabeza bajo la tela del pantalón, bajádmelo.

Crítico fue el instante, mientras lo desnudaban... pues lo creían ya inoculado de veneno mortal.

Pronto quisieron ver la extremidad de la cola, pero no aparecía.—Seguramente, decía el padre, en vez de oprimir la cabeza, ha apretado la cola, desnudémosle.

Desposeído de pantalones, no creyó el joven zafarse de tal conflicto, cuando oyó las carcajadas de su padre, que enseñaba, en lugar de la culebra, una enorme rana que estuvo a punto de reventar... Por supuesto el inocente battracio no hizo mal alguno en el muslo del asustadizo bisoño...

Estos e infinidad de percances, sucedieron en la larga travesía, hasta que toparon con un cedro caído que impedía el paso: tenía tres metros de diámetro: hubieron de hacer destajamientos para ascender i luego bajar.

El hijo, más agilmente que sus padres, subió al punto más alto i, al pie de altísimos cauchos, vió una pareja humana en íntimo idilio. Un itipí de vistosos colores, cubría el sexo.

—¡El hermano! —exclamó, dirigiéndose a sus padres.

Los viejecitos, no cabían de alegría; lanzáronse a toda prisa hacia su hijo, quien se puso extático de sorpresa.

Es de suponer las lágrimas de emoción i de placer que se derramaron.

Hacia un lado permaneció la salvaje, atónita y muda, sin saber quienes eran aquellos de color, idioma i modales de los de Julián.

Cuando notó que se fijaban en ella, corrió desesperada, como un cervatillo sorprendido.

Julián la siguió i alcanzándola, levantóla en sus brazos i la trajo donde su familia; la hizo comprender quienes eran i, a su familia de él, advirtió que ella había sido su compañera durante los siete meses de separación.

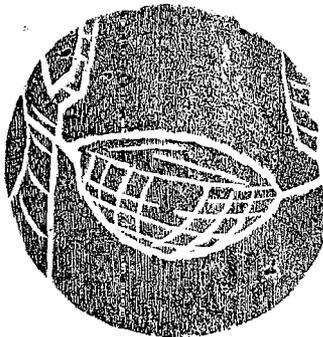
Pedro sonrió al ver que ante el amor, fracasa cualquier tentativa.

La jibara entonces perdió el miedo i acercándoseles, sonrióles.

—¡Padre—dijo Julián—la noche aquella de nuestra separación, cautivóme esta diana i me hizo que la siguiera lleno de pasión. Esta región ha sido generosa i exuberante; nos hemos alimentado de las semillas de maíz i fréjol que regamos para señalar el sendero: ha sido para nosotros tu regalo de bodas; ahí tienes maíz y fréjol maduros... Ahora, regresemos a nuestra patria i permíteme llevar a la mujer que el destino me señaló por compañera i a quien adoro i respeto como a una reina: reina es en verdad de esta poética i enorme selva... Mientras charlemos, comamos también, de los sazonados frutos que nuestro padre nos lo dió en obsequio nupcial; la tierra dadivosa nos ha guardado i alimentado como a hijos propios!

Cuando hubo terminado de hablar Julián; enternecido i sincero, animóse la joven india i, tomando de la mano a Pedro i a su esposa, llevóles a un rincón del bosque.

—¡Tierra fecunda—dijo en su idioma—; tierra generosa i buena como mi amante Julián! I señaló entre la grama, un cesto de delicados juncos, donde batallaban dos gemelos siñemesinos, rosagantes, alegres i robustos; —¡tierra exuberante, tierra querida i rica...!





EL FLAUTERO

Es preciso un capítulo aparte para hablar del Flautero i de su leyenda fantástica, oída de labios de muchos colonos i de algunos salvajes...

...Sentado en el umbral de la cabaña de un viejo i encanecido salvaje, en medio la inmensidad de bosques, oía una tarde, la relación reposada, serena i curiosa que me hacía de la antigua leyenda del Flautero:

—“En tiempos muy remotos, los animales i las aves vivían en plena armonía con los hombres. Los tigres i pumas eran compañeros inseparables de nuestros mayores; las boas i serpientes, inofensivas; los mosquitos i hormigas, jamás molestaban a los humanos.”

—“En esta región vivían felices siete hermanos, los únicos dueños de esta selva.”

—“Entre todos, distinguíase el menor, que pasaba los días recreando a sus hermanos con las inimaginables dulzuras que brotaban de una flauta maravillosa, que sólo él la tocaba. Acompañábase siempre de una hermosaavecilla, de plumaje deslumbrante, en cuyos tornasoles reflejábanse esmeraldas i rubíes. Sufría el mayor de los hermanos, de terribles accesos de furor, que se transformaban en arremetimientos de ira contra todos i terminaban en convulsiones espantosas. Sólo la apacible suavidad de la melancólica flauta, podía devolver la calma al atormentado. Pero un día quiso la fatalidad que en un arranque de furor, clavase la lanza en el corazón de su hermano. Al sentirse herido, tomó la flauta para que los hombres no perdieran su recuerdo, la redujo a cenizas i empolvó con ellas el plumaje de laavecilla. El pajarillo tornóse ceniciento i feo; pero de su garganta, brotaron raudales de armonía... I como no puede olvidar la lúgubre muerte de su dueño, llora en su canto i gime en sus trinos.”

Terminó el anciano su relato e invitóme a esperar, entre los platanales, al pie de los altos árboles, que ya se es-

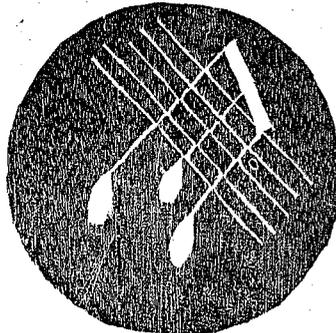
fumaban entre las sombras, a que cantara el Flautero. Allí, entre la brumosa fronda, se divisaban nidales i era segura la función musical, en una sola sinfonia.

El sol había acabado de hundirse, colorando singularmente el cielo de un día caluroso de verano en diciembre; las paredes naturales, formadas por el entrelazamiento de plantas, tenían visos de oro, púrpura i violeta en la más fecunda fusión de colores; las hojas de orquídeas, de formas caprichosas, tenían en su limbo, crepúsculos de Milet; las flores adquirían vida i alma; los enhiestos árboles de chonta i *tagua*, lanzábanse al cielo como flechas policromas; una apacibilidad nazarénica, reinaba en toda la selva dorada; parecía que la naturaleza hacía derroche de sus fantasías en el magno, suntuoso e incomensurable escenario... En el silencio de la tarde, se oyeron de pronto, acordes cortos, pero que eran toda una orquestación divina, de un genio que tocase la mejor de sus armonías: era un registro en miles de flautas de oro que un solo pajarillo interpretaba, como un derroche de pedrería, como una aurora polar, como la más escogida e inaudita culminación del arte de Wagner i Paganini... Jamás se habrá visto tanto paralelismo entre la esplendidez del escenario i la belleza de la sinfonia... Hubiera ansiado poseer el más subido sentimiento estético para guardar un algo, siquiera sea una sombra de aquel recuerdo inolvidable.

Callóse el cantor i entristeciósese después; el impenetrable telón oscuro de la noche, descendió adusto i tético.

Terminada la audiencia, no nos quedó el comentario, sino el asombro.

El maravilloso concierto del Flautero, es uno de los más bellos encantos del Oriente musical...!





METAMORFOSIS

Mediados de abril... El invierno riguroso i los caminos, desde Cuenca hacia el Oriente, un solo barrizal hondo i peligroso.

El entusiasmo febril de los quince años, nos hizo aventurar en tan mal tiempo, por esos andurriales, a pie i cargando nuestras provisiones. Los prolongados aguaceros, formaban derrumbes i volvían brazos de mar los más insignificantes riachos.

Gastamos un día hasta los campos de Bolo; las energías i el valor estaban íntegros i más aún se esforzaron cuando, con peones, guías, mulantes i cargamento, formamos una verdadera caravana para la excursión a la cálida playa trasandina.

No sería del caso narrar nuestro difícil viaje; es la verdad que en la primera jornada, perdimos todo dinamismo, decidiendo descansar un día en una cabaña de Chigüinda, que generosamente nos ofreció un colono; tanto más que nos llegaron noticias de los grandes derrumbes i enormes empalizadas que interrumpían el trayecto hasta el Rosario.

El generoso hospitalario, era un colombiano de mediana edad, que por no sé qué, vivió desde su juventud en las selvas de Chigüinda, trabajando artesas i cazando osos i tigrillos. Durante los veranos lavaba oro en las ricas arenas del río Blanco.

Hombre ilustrado i curioso, lo notamos desde las primeras palabras, que no eran de rudo montañez, sino de un hombre preparado. Bajo el poncho de un aldeano, encontramos un verdadero sabio...

La noche no tuvo novedad alguna: roncamos como lirones hasta las cinco de la mañana, hora en que una inmensa serenata de canoras, comenzó a darnos los buenos días.

Quisimos saludar a nuestro benefactor, pero hacía una hora que se había levantado i desde adentro le oíamos tarareando un antiguo pasillo colombiano, mientras desbastaba un tronco para una arteza.

El aposento olía a exquisito tabaco que el viejo había fumado durante la noche, i a cedro fresco que despedían las bateas pulidas con sus lindos matices.

El día era espléndido; un sol ardiente i benéfico surgía entre sutil neblina, coloreada de todos los tonos más extraños i difíciles en la paleta. La lluvia cesó completamente i el rumor de riachuelos i cascadas, disminuía sensiblemente.

A las seis de la mañana estábamos todos en pie i el dadivoso montañez nos tuvo ya listo el desayuno sobre una pequeña mesa redonda de cedro, cubierta con el ritual mantel del Oriente: hojas verdes de plátano que se renuevan en cada comida. Suculento desayuno: plátano, yuca i chonta (1) cocidos y humeantes, con café aromático en lindas tazas de cedro bien pulido.

Extraño desayuno para los morlacos que no salimos de la rutina del café con leche. Al país que fueres... recordamos i hubimos de tomar café puro con plátano, yuca i chonta.

—La chonta debe estar buena, nos dijo el viejo, cuentan que es la vigésima cosecha de mis palmeras, es decir que es fruto de árboles de más de sesenta años. Su producción es anual e infaltable en mis huertos.

El potaje era exquisito, ni se diga cuando nos brindó a la postre una sabrosísima i bien aderezada carne i Tabaco Chigüinda. Carne, si, sabrosa carne... de micol

Habíamos decidido dedicar el día íntegro para descansar, zurcir pantalones, reherrar a las mulas i estar dispuestos perfectamente para al otro día seguir la marcha a Guaquiza, a donde había dos tambos más.

Entre las nueve de la mañana, cuando hubo caído el rocío del césped, nos invitó a pasear entre el bosque que era tupido i donde había gran variedad de maderas. Mien-

(1) Fruta harinosa de gran alimento: hay colorada y amarilla.

tras paseábamos, nuestro amable *hospedante*, comenzó su encantadora charla:

—“Dicen, queridos jóvenes, las leyendas y tradiciones que vienen pasando de generación en generación entre los indios, unas veces recortadas i otras ampliadas, que todos estos bosques i selvas i que toda la flora i fauna que adornan a esta tierra solitaria i buena, no fueron al principio como ahora, sino que mezclándose un reino con otro, evolucionaron lentamente hasta nuestros días. Bien puede tener principio esta creencia, pues no sólo hay transformaciones dentro de un mismo reino, sino tambien entre los tres de la Naturaleza; la geología acepta i afirma cambios que nos dejan perplejos: las petrificaciones, los fósiles, el metamorfismo, etc., i añadido a esto la imaginación fantástica de los indígenas, crearon historias i cuentos que indudablemente nos impresionan.”

“Empecemos, que los preámbulos largos, fastidian a los chiquillos; tenemos, por ejemplo, a la vista, este bejuco que cuelga desde la copa de la alta palmera de en frente, ¿la veis? Está lejana. Tiene jaspes negros i blancos, que en partes armonizan con ocres rojos i amarillos; en otros sitios se ven largos nervios oscuros que se pierden i aparecen luego, entrecruzándose i formando ángulos i triángulos caprichosos. Esto, en cuanto al color, se encuentra idéntico en las pieles de los reptiles. Yendo a la forma, vemos que en partes se anuda, vuelve sobre sí misma, se levanta, se arrastra i se pierde: simula dolor, gestos de acecho, es decir, es una sierpe que maldecida por Laocoonte, engendró sarmientos i trepadoras... Vamos con otro ejemplo: un cedro cuyo centro se divide en varios i rígidos brazos que se hunden en el suelo: tiene seis, siete, nueve ramificaciones: cuenta la tradición, que antes fue pulpo que unos marinos extranjeros, le dieron muerte en uno de estos ríos, i, que en su orgullo i venganza, cedió su última vitalidad a un arbusto en cuyas raíces quedóse moribundo. Este arbusto, convirtiéndose en árbol gigante, cual lo habia sido el pulpo en los mares... Volvióse árbol de cedro que succiona, pues en su alrededor, crece apenas inútil grama; i es gelatinoso, por eso su madera es suave, resbaladiza, flexible i buena. Ahora es el pulpo magnífico, de nuestras florestas seculares. Convertido ya en árbol rey, generó varios hijos que luego se dividieron en familias, a causa de nacer con distintos i contradictorios caracteres. Existe aqui otro árbol gigante, que se lo confunde generalmente con una palmera inútil i que tiene la cualidad de atrapar insectos i

hasta pajarillos para succionar la sangre; al pie de su tallo se encuentran siempre alas, plumas i huesecillos: lo he observado muchos i estoy convencido, creedme, debe pertenecer a un ancestro de pulpos evidentemente. Confirmando mi aseveración con la crónica de Edgardo Godoy, titulada: "El miedo, el amor i el odio en las plantas", en que asegura que en Surigoo, en las islas Filipinas, existe un árbol gigantesco, frondoso i egoísta, pues en su alrededor hay sólo tierra que parece calcinada, llamado el árbol canibal, pues devora seres humanos. Las plantas sienten, sufren i guardan particularidades del sistema nervioso que heredaron, lo está comprobando plenamente el sabio indio Jagadis Chandra Bose, quien comenzó sus experimentos con la mimosa i a quien Juan Papini admira en su original artículo intitulado "Ramón i los minerales", haciendo al sabio biólogo, descubridor del alma en los minerales. En el mismo artículo, le hace a Gog recordar las sospechas de la mitología con los árboles asesinos, las flores enamoradas i las hojas parlantes. I sin ir lejos, queridos chiquillos, recurramos a nuestro padre Solano, para confirmar mis teorías. En su escrito intitulado "Analogía de los animales con los vegetales", establece ya una teoría, aunque remota i poco explicada.— Por lo demás, todos los intelectuales han pensado en esto, como se piensa en un próximo viaje a la luna, o al menos han intuido, como Cordero Dávila, que dijo:... ¡ay, pero piedra que palpita i sientel"

—Según todas sus aseveraciones—añadimos—se pudiera hasta creer en la metempsicosis.

—"No es difícil, continuó, dirigiéndose hacia una bella flor roja, llamada la *Peregrina*—: ved esta primorosa flor, sus pétalos son de terciopelo, de pura seda china i ¡qué forma, qué aroma tan exquisito! Cuenta la bella tradición que antes fue una reina del Japón, cuando este país era colonia de la China i cuando los cuarenta mil creyentes se encerraron en el castillo de Simabara, para sostener su fe, según leemos en Cantú, esta reina huyó i, pasando por el estrecho de Bering, vino a la América, aún no descubierta i trasmigró a esta flor, que por eso lleva el nombre de peregrina. Es tan fina, tan aristocrática, tan pura, tan exquisita i tan nostálgica. Tiene un alma triste que recuerda pasados dichosos i remotas glorias; esa alma que se infuye al palpar sus pétalos, esa alma que se escurre i sufre prisionera entre los estambres dorados!

I sin arrancarla de su tallo; nos la hacía percibir, así prisionera entre sus hojas de verde esmeralda; i la acaricia-

ba i la dejaba luego, prorrumpiendo en hondos suspiros.

En verdad es una peregrina de las selvas, por su hermosura, gallardía y perfume.

—“Debió ser una reina, una princesita escapada de un palacio—siguió el montañés, emocionado y facundioso—; es seguramente superior a la flor del loto, a la que rinde sin-números honores Pierre Loti.”

—“Acerquémonos a esa palmera graciosa: observemos como surge del suelo, enorme i retorcida: recorre horizontalmente alguna extensión, en donde se advierte la parte superior estriada, como un lomo de ave esculpida en mármol, i la parte inferior, redondeada, suave i cubierta de fina pelusa, como el vientre de un pato; sigamos: luego forma ángulo recto con el culebreante i largo tronco que se angosta hacia la parte superior i semeja un cuello de cisne. En verdad, ved el remate que tiene formado de algunas ondulantes i partidas hojas i parecen el penacho del pavo real... Dicen que esta clase de palmeras, irregulares i que desdican de la esbeltez de otras, fueron antes los enormes reptiles plesiosaurios... En cambio, las erguidas, rectas, rígidas, aseguran que fueron palmipedas que huyeron del hombre cuando éste, en la era cuaternaria, por la edad paleolítica, era cazador i pescador i fabricaba sus instrumentos no sólo de pedernales, sino también de huesos de renos, mamudes y otros animales i aves gigantescos... Estas i otras muchas transformaciones, en tratándose de seres animados trocados en plantas; ahora diréles lo poco que recuerdo haber oído respecto a evoluciones contrarias.”

—“Inextricable es la selva poderosa del oriente ecuatoriano: hay plantas i animales inferiores no conocidos aún por científicos que se aventuran para estudiarlos: necesita-se mucho tiempo i facilidades i ventajas, con las que no cuentan ellos. Me sido observador, he vivido veinticinco años de montaña i conozco apenas una parte de sus misterios; gracias a ello, puedo asegurar lo legendario que tiene... En los seres inferiores, como infusorios i rizópodos i dentro de estos últimos, los radiolarios i amibos, fueron i casi son ahora mismo plantas inferiores, tanto es que hasta hace poco, no se pudo saber si pertenecian al reino animal o al vegetal. Presentan formas de algas, líquenes i hongos. Pongamos la vista en aquel erizo pardo que rueda entre los pequeños hongos (que también fueron pequeñas ostras un tiempo); vedlo, es voluminoso, tiene talvez ciento veinte centímetros de diámetro; este momento ha adoptado la forma esférica, que es su actitud de defensa i de ace-

cho: Rueda sobre pequeñas culebras, que heridas, lanzan silbidos i se escurren entre la malezal. Es intangible, ningún animal le ataca, porque sus púas son como dardos i tienen veneno: sólo las hormigas son sus enemigas invencibles. Bien dicen que vino evolucionando del cardo i es creible... Algo de todo esto sospechó Darwin i en sus experimentos quiso conseguir transformaciones e hibridaciones que fallaron, porque las metamorfosis i cambios de esta naturaleza, necesitan siglos i están a voluntad de un ser superior, de ese ser que se llama Providencia, de ese ser que se llama Dios... El sabio naturalista, a juzgar por lo que proyectaba conseguir, no supo estas historias profundas, graves i cómicas a la vez. Todo esto ha pasado ya: los reinos están perfectamente conocidos, derrotada está la *generación espontánea*: Pasteur demostró que "todo ser animado proviene de otro ser vivo de la misma naturaleza que él"... Creo haberles fatigado i doy por terminada mi charla...

—¿I del mono al hombre, no existe alguna tradición oriental?— le preguntamos curiosa i malévolumente.

—Dicen—respondió, riendo burlescamente—que el mono fue la mujer que el demonio quiso imitar de la bella Eva. Así aseguran los salvajes, por lo menos.

—¿Bromea porque es Ud. soltero?

—No!... Soy viudo de tres, contestó riendo. I nos dirigimos a la cabaña para almorzar...

*
**

Hicimos una mezcolanza de nuestros fiambres con las calientes viandas con que nos obsequió el hospedero; sobre frescas hojas de musáceas: yuca blanca i delicada, humeantes frutitas doradas de chonta, plátano cocido, dorados (1) exquisitos, poleadas de pelma (2), carne de pavas montaraces i de paují (3). Como postres nos brindó dulce de sandía, huarapo i una copita de alcohol de 30º. Todo esto con fríos potajes que guardábamos, constituyeron un verdadero banquete oriental...

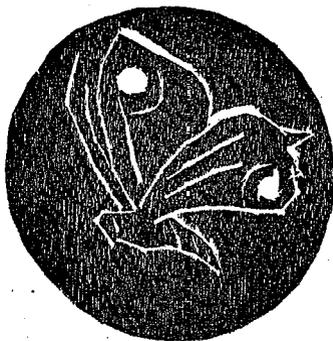
Pasó la tarde, más o menos como la mañana: bromas, chascarrillos, consejos y graciosas tradiciones.

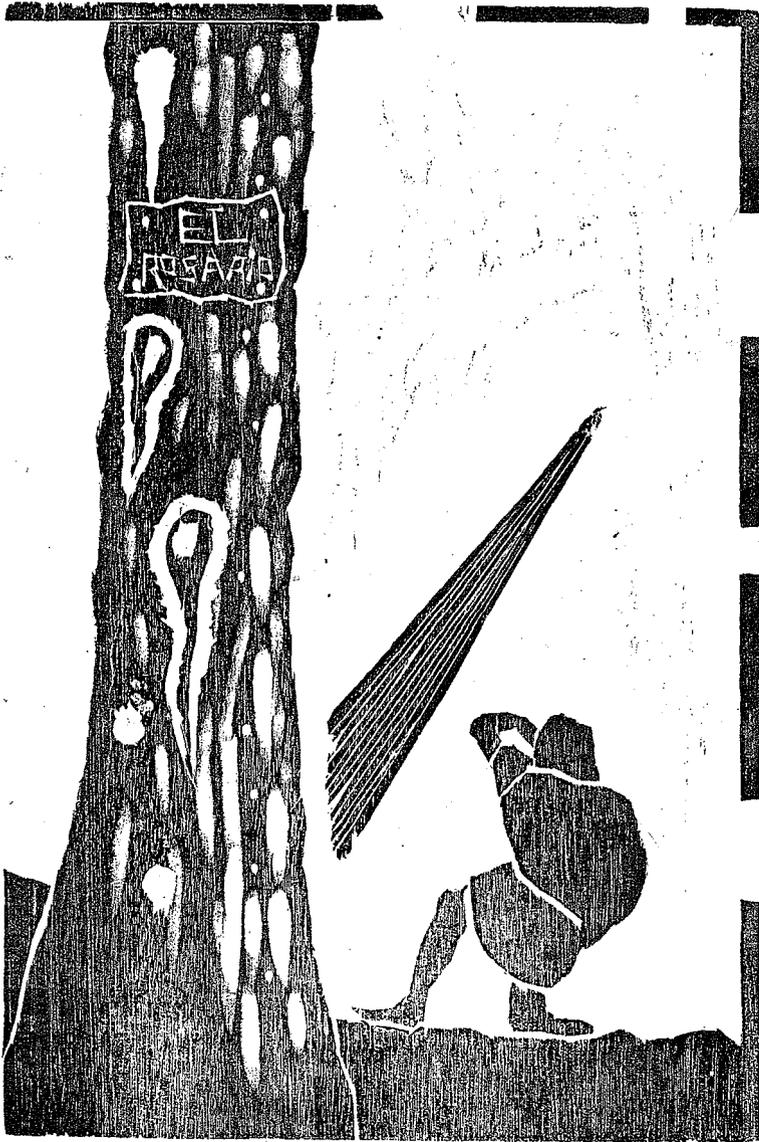
(1) Pequeño i sabrosísimo guineo.

(2) "Pelma (colocacia esculenta), es la patata del oriente; en ocho meses da bulbos verdaderamente ricos de substancias nutritivas."

(3) Gallinácea muy grande i de exquisita carne.

Al día siguiente, antes que el sol se levantase, aparejábamos las mulas, cargábamos nuestras mochilas, agradecíamos al colono, quien nos invitó para el regreso i, adelante, a batir barro, recibir lloviznas, i hacer proezas de equilibrio en los resbaladizos camellones de Chigüinda. Al anochecer, llegábamos, rendidos de fatiga al bullicioso i pintoresco tambo de El Rosario.





EL TAMBO LEGENDARIO

—Mi tambo, mi rancho, mi vivienda, o como queráis, se llama El Rosario, desde que llegó una compañía científica exploradora del Oriente, decía el más anciano de los gualaquizas, un colono muy serio e ilustrado, echando al viento espirales de humo.—I siguió saboreando la referencia de sus recuerdos, en la forma que sigue:

—De los gringos de la compañía, uno era doctor i los dos que le acompañaban, licenciados en ciencias naturales, cosas que no entiendo mucho, pero que deben ser interesantes por lo que conversaban entre ellos.

—Yo llevo un proyecto, decía el primero—: he visto algunos hongos, helechos i palmeras desconocidos aún, seguía el otro. I concluía el último: he descubierto muchas plantas i animales que van a acrecentar el mundo científico.

I todos tres, sentados a la fogata, charlaban entusiasmados, a la par que secaban sus botas rodilleras.

—En este oriente ecuatoriano, aparte de la psicología de los salvajes, con la grandiosa vegetación i la irregularidad de cerros i collados i admirables monstruos, se vuelve más aceptable la teoría de Laplace sobre la formación del globo, con el principio de una masa ígnea i se reconoce más seguramente al hombre primitivo; como si dijera, empieza apenas la evolución.

—Yo creo de otro modo, refutaba uno de ellos: lo grande, lo sublime, lo majestuoso, lo inesperado, me obliga a reconocer la mano del Ser Omnipotente. En lo bello vislumbro un reflejo pálido de la Maravilla Infinita. Si, cuando desde aquel macabro *Churucu*, divisé los gigantes trasandinos

i sus arbolados, su fauna i su sistema de montañas, dije para mí: *Quam magnificata sunt ópera tua, Dóminel...*

—Pero, vaya, señores, cómo me hizo reír el tercer recién llegado. Sin hacer maldito el caso de las sabidurías que se charlaban, como que gruñía, prorrumpió en la exclamación siguiente, papándose el abdomen: ¡Bah, bahl i dónde van nuestros fiambres?... No hay mejor evolución que matar el hambre. ¿No es así, muchacho? me dijo i me soltó una pierna de cordero:—para buena hambre no hay mal pan; esté yo caliente i riase la gente, i a este tenor, soltó una avalancha de refranes que puso de punta a toda la gente. I, sin acordarse del Génesis ni de Darwin, ensartaron de lo lindo churrascos i jamones.

Concluída la maravillosa cena, el más práctico de los griegos, no se preocupó con otra cosa que con aderezar su improvisada cama.

Pero, vamos conmigo: mi choza no era ni choza siquiera: ocho guadúas verdes, sostenían el techito oriental, que no tenía nada de sultanesco, que ora le cubría paja cerril, ora largunchas hojas de helechos arborescentes. De este triste ramal, tomaron posesión los comisionados; i yo fui a buscar un desmantelado asidero donde tenía mis carneros i mis perros i allí pasé la noche.

Los huéspedes comieron de lo mejor que hubo i se tuvo, bebieron agua de la vertiente contigua, fumaron largas pipas i se acostaron *panza arriba*, casi a cielo raso, frente a frente a una colinata, donde brota, como música salvaje, un tributario del Bomboiza.

Al minuto roncaban como si no tuvieran en el mundo amor, corazón ni patria... Yo, pobre criollo de esta tierra encantada, no conciliaba el sueño, tendido en el duro lecho de gramíneas erizadas: mis mantas i mis ponchos, servían de colcha i colchón por alquiler de veinte reales, a los venturosos aventureros.

—I aquí empieza, señores, lo grave del cuento:

De repente, insomne como estaba, vi sobre la cima del cerro en frente, una luz azulino—verdosa que, partiendo a la altura de cincuenta centímetros, como si tuviera pies, venía hacia nosotros. Concebí un pánico que me dejó mudo i apenas tuve valor para arrojar guijarrillos sobre mis huéspedes extranjeros, con quienes no tenía otra forma de comunicarme. ¡No sabía lo que hacía!

La visión estaba más cerca i ellos no despertaban.

Al fin, hice de tripas corazón i lancé un ay desgarrador que repercutió en la inmensidad... quedé temblando.

Mis hombres despertaron: transcurrió un intervalo, durante el cual se percataban del motivo que había ocasionado mi sobresalto.—Contemplaron la lumbre ambulante i fueron a mi lecho de riscos i cortezas. Recogieron la vista i no pudieron dudar: era la luz que caminaba.

La llama tomó de súbito un vuelo vertiginoso i pasó sobre nuestros cuerpos.

Mientras tanto como un fragmento de lumbre, dejó desprender algo a su tránsito, algo que cayó en el ramaje.

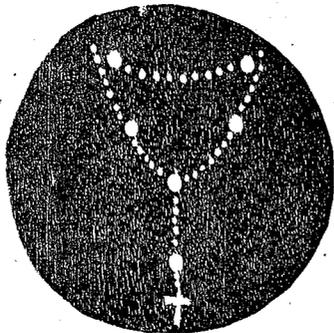
Azorados i curiosos, buscamos lo que pudiera ser en el cesped i nos encontramos con un... rosario de cuentas vegetales, llamadas lágrimas de San Pedro.

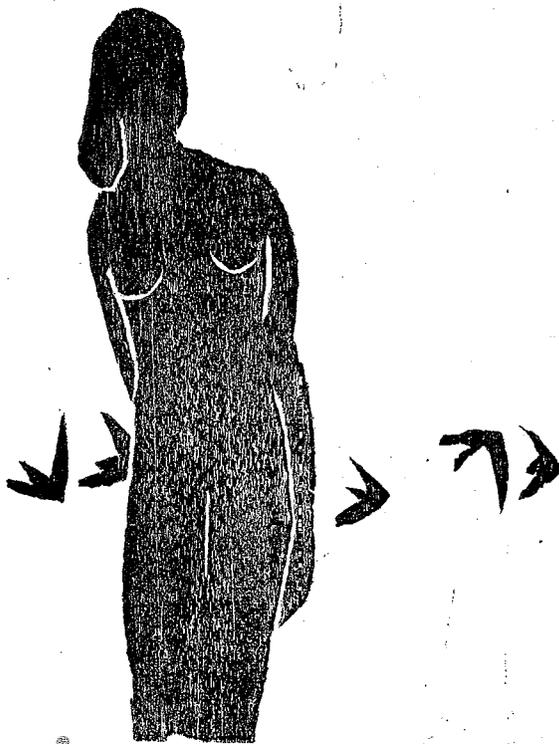
Un rosariol... Lo hube rezado de niño, lo hube rezado de joven, cuando principiaron para mí, muy tierno todavía, las penas de la humana miseria i las improbas labores del trabajo.

Mis huéspedes profesaban mi misma fe; i absortos del prodigio, junto conmigo, cayeron de rodillas i desgranamos padrenuestros i avemarías en la corona de lágrimas de San Pedro.

Al día siguiente, pensativos los científicos de lo ocurrido la víspera, vaciaron una lata de conservas i disponiéndola en forma conveniente, la fijaron en lo alto de un cedro que iba a ser sagrado, i con menudos clavitos, dibujaron esta inscripción: EL ROSARIO.

Después de su dilatada excursión, arribaron otra vez a mi pobre tambo, con sus ricas colecciones de los tres reinos. I al reconocer el cedro, exclamaron todavía impresiados:—hemos llegado a El Rosario i desde entonces mi tambo quedó para siempre bautizado con este nombre...





EL PARAISO

...“Jesús, José i María, haced que expire en paz i en vuestra compañía”, fue la última oración que se levantaba desde un bohío perdido entre la exuberante vegetación del Bomboiza.

Ibamos de caza: la enredada i tupida grama que forma la alfombra de los bosques, el matiz encantador de helechos i terciopelinas, el paso i traspaso de cuatro tributarios del Zamora i la paciencia con que anda el cazador, fueron causa para que nos pillase la noche junto a aquella choza, sin que podamos llegar a nuestra vivienda.

Todo dormía bajo el narcótico delicioso de plátanos, vainilla i canela.

El ladrido de perros hizo que los dueños de la casucha, salieran a imponerse de lo que sucedía; i fue sorpresa grande para el viejecito el encontrarse con dos blancos que le pedían hospedaje.

Chontitas rojas i anaranjadas, plátanos exquisitos, carne de armadillo i una taza de café puro, constituyeron la comida de esa noche tan recordada para los dos viajeros. Los dos que habíamos andado todo el día, nos recostamos sobre rajitas de guadúas; entre bocanadas de humo de delicioso tabaco—chigüinda, hablábamos ponderativamente de esta hermosa región que por un momento nos hospedaba.

—Si es un trozo de cielo que se le ha caído a Dios cuando lo creaba, dijo mi compañero, entre otras cosas.

—Es el Paraíso Terrenal, según me han referido mis abuelos, contestó el viejecito colono, en parte leído i en parte, campechanamente crédulo.

—Cómo—le dije—el Paraíso aquí?

—No se burle Ud.; es porque está tan lejos i tan desamparado. que no se ha llegado a descubrir i a ratificarse esta historia que va pasando entre nosotros como simple tradición.

Incitados a curiosidad, charlábamos sobre el mismo tema, para pasarnos distraídos hasta la visita del sueño.

¿Por qué cree Ud. que ha sido aquí el Paraíso Terrenal?—le dije, con ansia de oír a uno de aquellos hombres, cuya charla es pura leyenda llena de consejas.

—Primeramente—contestó—esta región está bañada por cuatro ríos i el Paraíso tenía también cuatro bellamente distribuidos.

—Pero se cree que el Paraíso se hallaba en Armenia le dije.

—No—me contestó—para esa región no existen las probabilidades que militan para esta: respecto de los ríos, acepto que estén en la misma distribución, si de Cuenca también casi aseguran que fue la cuna de la Humanidad; pero han estado muy lejos de la verdad: ¡aquí, aquí, ha sido esa mansión de dicha! Por otra parte aquí se da silvestre el plátano i, según el director de un periódico yanqui, The Journal of Heredite, de Washington, se asegura que el plátano constituyó el primer alimento de los primeros habitantes del Globo: esta es una razón convincente para creer que Adán i Eva comieron de los mismos platanales que Uds., hace un momento. Además, dice este científico: "Es posible que la primera aparición del hombre también ocurriera en una región semejante." Se cree, como Ud. dice, que fue en el Asia, sí, pero allí, por más estudios, que se han hecho, no han probado nada acerca de las primeras simientes del banano, lo que aquí no sólo existen indicios, sino hasta muestras i yo creo que no habrá cambiado mucho del primitivo al de hoy.

—De manera que Ud. cree que está pisando la tierra que hollaron Dios, Adán, Eva i los Angeles?—preguntéle un poco confuso.

—Sí, contestó, i Uds. están recostados en el sitio de dondè arrancamos un tronco que se cree fue el del árbol del Bien i del Mal.

Me sonreí interiormente i me alegré haber hecho tan bello descubrimiento...

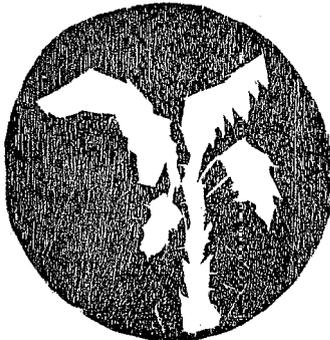
—Otro argumento más poderoso recuerdo aún, dijo, sacando de una bolsita polvo de aromático rapé:— me han dicho que un autor (1) cuenta que Cristóbal Colón al descubrir América, quiso también descubrir el sitio donde había estado el Paraíso, para llevar de él las tan apreciadas especias.

—Se dice—repliqué—que los hombres primitivos fueron fuertes i agigantados, en perfecta armonía con la fauna i flora de la Naturaleza, de tal manera que sería otra prueba para su aseveración: el Paraíso estuvo aquí, en el Oriente Azuayo...

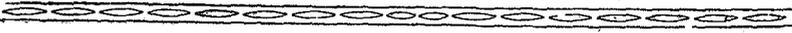
—Sí, señor, i no sabe Ud. que el padre Velasco, dice en su historia que ha visto con sus propios ojos esqueletos enormes en estas tierras, comprobando así que en estas regiones hubo hombres de los primeros tiempos?...

Callé ante el acervo de argumentos más o menos bien basados que tenía, i seguimos conversando hasta dormirnos, soñando con el Paraíso... perdido... i hallado...

(1) Flanmarión, en su obra: La Historia del Cielo.







MISTERIOS DE LA FLORESTA

En entusiasta excursión de caza, pasamos un día íntegro... La felicidad con que anduvimos, nos hizo abrigar nuevas esperanzas para el siguiente día, i así, quedamos en abandonada choza, que se erguía humilde, como única señal de civilización en una profunda cuenca de la floresta.

Rodeados de montañas, bajo el fondo de un cielo anaranjado, sin ruido, sin modulación alguna, en un rincón selvático i solitario, éramos cuatro aventureros fatigados i anhelantes por cualquier distracción para pasar una noche toledana: no era posible dormir, tales fueron el calor i la incomodidad.

Largos momentos habíamos pasado en silencio, cuando uno de nuestros compañeros lo rompió preguntando: —¿Por aquí se va a Cuyes, a los lavaderos de oro?

—Sí; hay buen oro allí— le contesté, por ver si por ello hallábamos materia de entretenimiento.

—Voy a contarle lo que ví una ocasión en esos lugares, añadió el interlocutor.

“Éra yo muchacho de dieciseis años, cuando me condujo mi padre por vez primera. Ficimos dos largas i penosas jornadas, para llegar a la mina, situada a orillas de un río llamado de leche, por el color blanquecino de sus

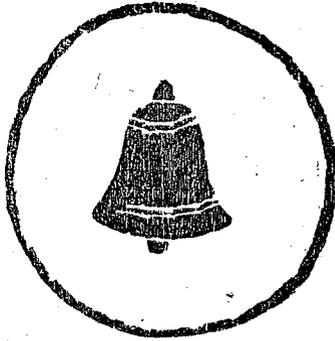
aguas; sigue su curso entre paredes de color negro i bruñido, formadas de planchas de pizarra muy delesnables. Era las seis de la tarde: el *horero*, un pájaro que canta cronométricamente a esta hora, llenó el bosque con sus trinos... Pensamos en levantar nuestra tienda, comer i dormirnos en seguida, a fin de estar repuestos para el trabajo del siguiente día... Con el sol comenzamos el trabajo. Haré un paréntesis, contándole que allí no se lava el oro, como se acostumbra en *bateas i canalones*, pues es tan grueso que escarbando entre pequeños guijarros o en la greda arenosa, por medio de cucharillas, se encuentran pepitas hasta de un castellano, aparte el caso tan repetido de encontrarse pedazos mucho mayores... Bien, sigamos la historia: en anchas hojas de helechos habíamos reunido algunos gramos de metal tan codiciado i, con verdadero frenesí, seguimos en la búsqueda. De repente, una música salvaje i estremecedora, nos dejó suspensos!

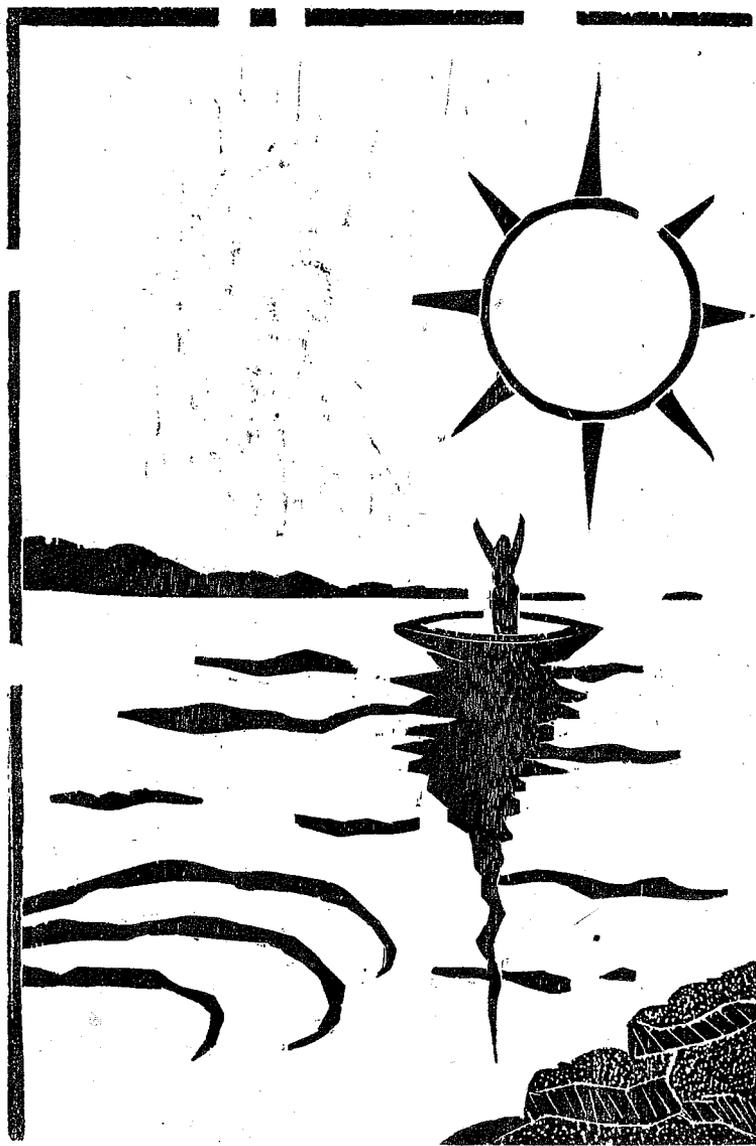
—Esta es la campana encantada, dijo mi padre.

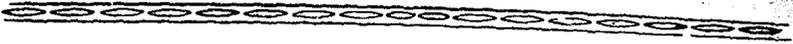
“El sonido era idéntico al de una enorme campana que tocase a golpes repetidos. Creerán Uds. que son fábulas mías i cuentos disparatados, pero es lo cierto que, intrigados por aquel sonido tan raro i tan nuevo, fuimos en dirección del lugar de donde partía.”

“Abriéndonos camino a machetazos i saltando sobre troncos podridos; dominándonos en bejucos i deshaciendo enredaderas, nos acercábamos. Caminamos mucho, serían las cuatro de la tarde. Prodújose de nuevo el sonido, fuerte, fortísimo que nos convencía de estar cerca de la campana misteriosa... Seguíamos trozando arbustos i bejucos: ya llegábamos. Solamente una pared sutil de musgos i enredaderas, nos impedía observar el fenómeno. Comenzamos a abrirla, cuando de improviso una tempestad torrencial i que traía cansigo fulgurantes rayos i repercutientes truenos, nos hizo retroceder i guarecernos en un tronco carcomido. Parece sin duda un encantamiento: lluvia sin nubes i lluvia que no cesaba. Mi padre me obligó a desandar i volvernos a la tienda, pero la noche nos detuvo cerca de unas cuevas oscuras i misteriosas que las tomamos por asilo. La rojiza luz crepuscular, permitió inspeccionarlas hasta muy adentro, sin poder, empero, llegar al fondo, por la oscuridad i por el aire pesado que encerraban. Salía ya i no sé por qué, volví los ojos a una de sus arquerías i vi una plancha de piedra azulada que tenía una inscripción que no era castellana, ni griega, ni latina, ¿sería cañari?... quedé con la curiosidad hasta ahora... I la

inaccesible campana quedó en el misterio. Al día siguiente quisimos volver, pero una desconocida enfermedad que atacó a mi padre, nos obligó a abandonar esos lugares. Ningún médico pudo atinar el mal i mi padre murió a los pocos días, quitándome para siempre el deseo de regresar a esos fatídicos parajes...







SACRIFICIO

Del sorteo efectuado entre las varias salvajes que hubo en la velada, tocó a María Anguasha el vengarse del jefe Antonio Yudza por las injurias proferidas contra los Gualaquizas.

Sobre esta costumbre, trae la historia oriental, más que la tradición, el siguiente episodio:

Como un enorme espejo de plata bruñida, presentábase la confluencia del Zamora con el Bomboiza, allá en la playa sin límites de la región Gualaquiza. La perspectiva, presentaba engañosamente, diminutas piraguas que jugaban en el remanso, como valientes brochazos de un paisaje moderno.

En el bello cuadro, enmarcado de vegas de esmeralda, donde surgían como flechas dirigidas atrevidamente al cielo, ébanos, cedros, palmeras, canelos, cuyas sombras, quebrándose hacían doble visión sobre el plano brillante de las aguas, perdiase una canoa llevando una heroína.

En la remota orilla del frente, al pie de un tronco estuvo el brujo, soñando sus venganzas. I allí, mientras se encontraba tendido, le sorprendió el primer rayo del sol, bañando de doradas purpurinas, su hercúleo cuerpo.

En la embriaguez salvaje, producida por sus narcóti-

cos, le había inoculado tósigo mortal la serpiente más venenosa de nuestro oriente. Notándose agónico, avanzó a su choza i anunció a sus familiares su cercana muerte, pidiéndoles a sus hijos venganza para quien podía valerse de un reptil para darle muerte. Expiró el infeliz entre los dolores más espantosos.

Los familiares del difunto, vistieron el cadáver con el ropaje de gala, lo sentaron en su banco predilecto sobre el resto de su canoa i, buscando el lugar mejor de la casa, rodeáronle de hojas de chonta, depositaron chicha, yuca i todo lo que le había agradado en su vida, inclusive trastos i vestidos i abandonaron la choza que desde entonces fue el mausoleo sagrado para los deudos.

Algunas tardes iban las viudas a llorar al "hermano", a recordar sus buenas acciones i a pedirle la muerte.

Es de ley que nadie puede penetrar no siendo de la familia i en caso de desobediencia se castiga con la muerte.

Se pensó en vengarse; el primogénito fue al soñadero para descubrir al culpable de crimen tan horrendo. Sindicó al jefe de la tribu vecina i fue preciso declararle la guerra.

Resultaba que una de las esposas del fallecido, lo fue antes del ahora culpado. Esta, a pesar del rito de cortarse el pelo i de no contraer nuevas nupcias antes de que creciese, apenas expiró el indio, huyó una noche donde su antiguo cónyugue.

Naturalmente, esta mujer, oyendo a su ex-marido, se dió modos de que la serpiente mordiese al brujo, pensaron todos los indios i cayeron sobre ella todas las culpabilidades.

Opinaron entonces que antes de efectuar la guerra, se le diese muerte a la infiel, pero otros sostenían que ella misma debía ser la que diese muerte al enemigo i asesino del brujo i así se decidió.

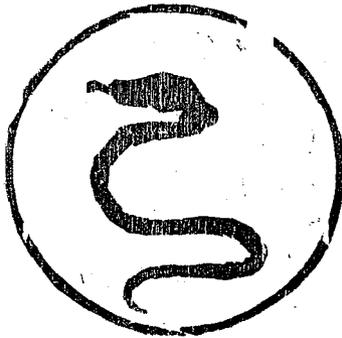
Una mañana llovida i oscura i sabedora ya la india de la sentencia, pensó en que no era capaz de verificar otra muerte i corriendo hacia la afluencia de los ríos, se lanzó a sus profundas aguas.

Fue el asombro de los salvajes, ante acto tan inaudito i surgió lo imprevisto i más grande aún: una de las hijas de la suicida, diciendo vindicar a su madre i salir por los fueros de su tribu, presentóse bellamente ataviada i tomando una canoa dijo que iba ella a matar al jefe vecino, causante de la muerte de su padre i de su madre;

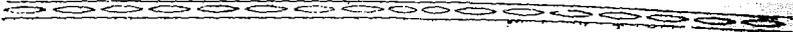
él había engañado a su madre e imbuido las nefastas ideas de que asesinase al brujo más sabio de la región...

La heroína era en medio el remanso una escultura de bronce, en medio el clamoreo de todos los indios...

Desde entonces, se estableció que fuese una mujer la que acechase al jefe antes de comenzar la guerra, pues la mujer cuenta con más recursos para el engaño.







LA CABRA PARA EL MONTE TIRA

Fatigados i con buena remuneración a nuestras faenas de cacería, bajábamos una tarde en dirección del puente sobre el Remanso, para tomar de allí el sendero que conduce a nuestro entable.

Al pie de altas palmeras, advertimos un círculo de salvajes que conversaban anhelamente:

—No debes entender tu de esta manera las lecciones de la plática, decía el mayor de ellos— los frailes engañan i persuaden, pero nosotros tenemos nuestro criterio propio para discernir.

—Cómo puede hablar de esta manera un salvaje de estas regiones, pensé i entonces mi compañero, me recordó la historia original del jíbaro Bosco.

*
**

Todo el que ha viajado a Gualaquiza conoce a Bosco; un sujeto arrancado al azar de la selva i llevado a mundos mejores, como Europa; allí asimiló con facilidad i prontitud mucho de lo que ignora un ciudadano de nuestro Siglo Veinte. Dicen que habla francés, italiano i español sobre todo; refiere todo lo relacionado con su viaje, con infinidad de preciosos detalles i con un colorido muy real. Se emociona grandemente cuando cuenta la recepción que le hizo el Papa i cuando muestra la medalla con que le obsequió, medalla que no la vende ni cambia por nada del mundo.

Fatalmente la cabra para el monte tira. Volvió de Europa i vióse de nuevo en la infinita selva, donde no hay un superior, ni una ley, ni una norma que seguir i, arrojando el baño de cultura, hundióse en el bosque secular, prefiriendo el encantamiento de selvas i de ríos al veleidoso engaño de las metrópolis.

*
**

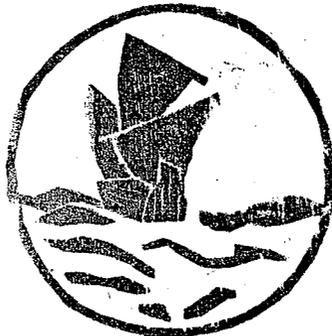
Después de dos días de aquella relación por parte de mi compañero, decidimos visitar al jefe i polígamo más grande de esas tierras.

Enmarcada por floridos cauchos i diversas palmeras, se yergue la choza del maestro.

Llegados que fuimos, dejó a sus discípulos i se adelantó a recibirnos. Luego volviendo donde ellos, nos brindó asiento junto a sus platicados, adquiriendo un aire de superioridad i de brujería, se hechó encima rarísimos vestidos i adquirió posturas de un sumo sacerdote. Se hacía misterioso en el manejo de algunos objetos no comunes a los demás salvajes i decíales que él es el libro de consulta i de enseñanzas.

—Yo soy—dijo— el enemigo de las enseñanzas de los intrusos misioneros, yo conozco sus errores i sus maldades; yo, el anciano que dirige las guerras de mi tribu i tramo los enredos; i soy inconvertible, porque conozco las profundidades i secretos para engañaros: debemos ser altaneros, airosos, quijotes de nuestra raza porque somos dueños de la selva i únicos dueños de estos bellos ríos: la civilización que llaman ellos, es más salvajismo que el que dicen de nosotros... Por todo lo que os enseñé, me dicen imbécil i me dicen la cabra para el monte tira... Pregunto, ¿tengo razón o no en haber vuelto a mi tierra sin trenes i sin bullicio, pero con un sol bueno i cariñoso i con la impoluta virginidad de mis florestas?

Nos platicó más de media hora, nos brindó chicha i desde entonces trabamos estrecha amistad con el salvaje más inteligente e ilustrado de nuestras selvas.





RAZA IGNOTA

Es la Proveduría lugar muy pintoresco i agradable, donde existe ahora activo comercio entre ecuatorianos, peruanos i colombianos con los salvajes de nuestras florestas. Cuenta la tradición el siguiente episodio.

Cuatro matrimonios de la vecina República del Sur i dos o tres europeos, aventuraron a las selvas orientales, a cumplir con la maldición del Paraíso Terrenal.

Largos i penosos días navegaron en las profundas aguas del Santiago, luego en las del Zamora i por fin en las del Bomboiza; otras jornadas anduvieron entre bosques vírgenes, desgarrándose la piel entre molles i cactus; a veces sosteniendo feroces luchas con los carnívoros, a veces descendiendo i ascendiendo por bejugos; otras aventurando entre caseríos de salvajes rudos, en fin, abriendo sendas en la peligrosa e intrincada vegetación de las playas orientales.

Extenuados, maltrechos, llenos de rasguños i picaduras, algunos con principios de fiebre i otros contagiados de enfermedades desconocidas i dolorosas, llegaron a la Proveduría, con la ilusión de que allí encontrarían asidero conveniente a sus industrias i negocios.

Era por el año 1754, antes que los sacrificados misioneros Salesianos, pusieran freno a los desmanes, venganzas i crudo ignarismo de los jibaros del sur.

Era el tiempo en que por esos lares, aún había tribus indómitas, acérrimas enemigas entre sí, cada una con su jefe, hecho a fuer de asesinatos, de crímenes i de abusos: quien más tzanzas (1) ostentaba en su bastón de gobierno, tenía más partidarios i probabilidades de regir.

(1) Cabeza disecada, puede ser de hombres o monos. La preferida para las fiestas es la de hombres. La preparan así: asesinado el enemigo, córtanle la cabeza; luego practican un corte atrás, desde la coronilla has-

Sagrados eran entonces los bosques i a nadie pertenecían que no fuese jíbaro; ayl del extrañío que penetrase en ellos!

Las voces de la novedad por la ocupación por gente blanca, circularon rápidamente. Sabedor el jefe de una tribu que habitaba en las cercanías de la Proveduría, mandó cavar una fosa en el único sendero que había: un oramen de tres metros de radio, por unos cinco de profundidad, hábilmente disimulado con hojarasca i ramillas. Ordenó a sus súbditos que, cuando los blancos estuvieran cerca del lugar fatal en la persecución que harían, una horda numerosa armada de lanzas, cuchillos, escopetas i fusiles, atacasen a los viajeros i los precipitasen al derrotero, para así apresarlos vivos, apoderarse de las hermosas mujeres blancas i dar muerte a los maridos, codiciados con ansia por sus luengas barbas rubias: las mejores cabezas para ztanzas.

A las siete de una noche oscura i llovida, preparábanse los extranjeros a pernoctar al pie de grandes cauchos, a cuyas plantas erguíanse esbeltas i primorosas variedades de helechos arborescentes. Las carpas de campamento, se levantaron en abrupta exuberancia i una fogata en derredor de ellas, hacía guardia contra insectos i fieras.

Era la primera noche en que se prometían dormir tranquilamente i reponerse un tanto de las fatigas de un viaje de más de diez días.

La oscuridad era absoluta i una fina llovizna hacía un murmullo en las anchas hojas de floripondios i guayusas. Bramidos de bestias i silbidos de pajarillos habían cesado i sólo un rumor seco de ramas, repetíase indistintamente entre las yerbecillas i los hongos.

Frugales viandas tomaron los extenuados viajeros, apresándose a descansar en profundo sueño.

De improviso repercutieron en los ámbitos del bosque, los huecos i trágicos golpes del tunduy (1) en señal de guerra i anuncio de amenazas para la tribu; ensordecedora gritería, escapábase de robustas gargantas de centenares de indios que se acercaban por el sendero recorrido ya por los

tá abajo, i quitan el cuero cabelludo i toda la piel de la cara íntegra, dejando completamente pelada la calavera. Rellenan el cuero con una piedra redonda y arena, i la ponen al fuego en una decocción de hierbas ricas de jugos astringentes. Así, se encoge el cuero, conservando las facciones primitivas. Una misma ztanza pasa de una a otra jíbaría para las fiestas que son las más clamorosas i concurridas. (S. Duroni: Diccionario jíbaro).

(1) Tambor jíbaro que consiste en un tronco hueco:

aventureros; i de todos los caceríos, acudían grupos de indios feroces, portando largas chontas con almendras de zapátara encendidas, o hachones de raíces resinosas que daban luces azules, blancas o amarillentas.

—¡Hagamos frente— dijo uno de los europeos— es preciso subyugarlos; hace días que vienen amenazándonos por nuestra intromisión en sus dominios. Parece un contingente enorme por el bullicio que se advierte i, por lo mismo, venidos que sean ahora, no volverán a intranquilizarnos. Se acercan pronto: hagamos uso de las armas, ya que buena mente no podremos entendernos por falta de idioma!

Un halo rojo tenue, cerníase sobre el espeso follaje, en macabro contraste con el negro marfil del cielo.

Los blancos se apostaron detrás de cauchos i, al acaso, dirigidos por la humareda, hacían disparos de rato en rato, mientras sus esposas ahogábanse en llanto i se asían a los hombros con delirante angustia.

Los aventurados disparos de los blancos, eran contestados por múltiples detonaciones de parte de los indios que acertaban mejor: las balas silbaban entre las palmeras e incrustábanse rugiendo en la corteza de los cauchos.

—Es un ejército de salvajes—gritó uno de los europeos—no podremos hacer frente,— I a su lado caía, desgarrado el hombro derecho, uno de sus compañeros.

La tétrica música del tunduy, se agitaba frenéticamente i ya se dejaba oír muy cercano el crujido de la hojarasca; la selva presentaba un aspecto aterrador, tiñiéndose de las luces próximas, cuyos cambiantes daban la apariencia de que ambulaban los árboles, como gigantes sonámbulos i locos, mientras se percibían claramente palabras furiosas de muerte, de odio, de venganza. Establecióse desigual combate a ciegas: la resistencia de los blancos iba siendo inútil; el clamoreo i gritería, resonaban en las cuevas con siniestros ecos i los disparos eran más frecuentes, mientras ensordecían la caída de arbustos i la fuga de jabalíes de lúgubre ronquido.

—Huyamos—imploró una de las temblorosas mujeres— es imposible...

I desfilaron como sombras en sobrenatural carrera por el único sendero alumbrado a medias, Los pequeños montículos i los matorrales, pasaban ante sus ojos, cual crines alborotadas de corceles negros en desenfrenado galope; las anchas hojas de guayusas i helechos, parecían moverse en fúnebres danzas, en aquella vorágine espantosa...

Hasta la naturaleza contribuía para la tragedia; los fai-

ques venenosos i los zarzales. arrancaban girones de vestidos i de piel a los infelices fugitivos que, enagenados recorrian su derrotero fatal, destrozándose en empalizadas i tragando guijarros y greda en los pantanos almizclados.

Desaparecía el bosque bajo el fuego inclemente, repitiéndose las terribles escenas del tiempo de Kiruba...

Oyóse una blasfemia del blanco que guiaba i luego angustiosos ayes ahogados de los demás desventurados, que uno tras otro rodaban al abismo.

*
**

Conocedor el brujo de la venida de los blancos, habíase retirado la tarde de ese día a un rincón oculto, al pie de vetustos copales, después de beber abundante natén (1): recostóse en un soñadero para hacer efectivas las resoluciones tomadas en su alucinación.

Antes entretegió bejucos formando una especie de cuerpo, en el cual personificó a su jefe; i luego formó otro, a manera de cuerpo de mujer que simbolizaba a la blanca intrusa en los territorios de ellos. Los colocó frente al uno del otro, colgados en dos palmeras...

*
**

La una de la madrugada. La vieja luna menguante, asomóse entre las celosías del follaje que se coloraba de plata bruñida

En un rinón sombrío, cabe la cabaña del jefe de tribu, se desarrollaba el epilogo trágico de los blancos, entre el polvoriento aspecto de guabos seculares. Largas y retorcidas vainas colgaban de sus penachos, a manera de oscilantes estalactitas carcomidas. La respetable choza del indio, de la misma rutinal construcción que las demás, rodeada de limpias huertas de yuca, barbasco y piñas, era centro de macabras resoluciones. Del techo pendían collares de dientes de monos i otras fruslerías en abundante surtido; el salvaje poligamo, conservaba un serrallo de nueve esposas, tres de las cuales se habían desposado núbiles y las demás, niñas aún. De las paredes, colgaban pieles de tapires, i macanchis (2) i hacia los ángulos de la única pieza, había enta-

(1)---Narcótico muy exitante y alucinador.

(2)---Serpiente muy gruesa.

rimados de guadúas, debajo de las que estaban tiestos con resinas ardiendo. (1)

Soñolientas i estúpidas levantáronse las concubinas a presenciar la improvisada fiesta nocturna; zalameras, sentáronse en derredor del esposo, riendo neciamente de la presencia de las blancas de largos y rizados cabellos rubios, que desordenadamente caían sobre los cuerpos desgarrados:—las próximas hetairas del orto.

Los salvajes, semidesnudos, formaban cerco humano de lado i lado de una especie de tribuna, donde parecían el jefe, sus mujeres i el anciano médico, brujo y consejero de la tribu, quien dirimía i sentenciaba en todo asunto.

Narcotizado el viejo obseno i crapuloso, comenzó, como un loco, a delirar i a retorcerse con los estragos de su bebida: los árboles adquirían formas i gestos humanos; veía en su paroxismo, con las verdaderas formas a los simbolizados en su maléfico artificio...

Efectivamente el viento hacía que los bejucos, estuviesen en continuo vaivén i en uno de los movimientos, cayó el cuerpo que representaba al jefe, con lo cual el brujo declaró que el jefe había perdido todos sus derechos y que las mujeres blancas pertenecían a los súbditos, reservándose él el derecho de escoger la mejor...

El pueblo acogió la sentencia con delirante gritería. Los más fuertes, se abalanzaron frenéticos sobre las prisioneras i se trabó un terrible combate entre los pretendientes.

Volvió a sonar el tunduy con furiosos golpes i a mugir la selva con los disparos y exclamaciones de furia que emitían millares de gargantas.

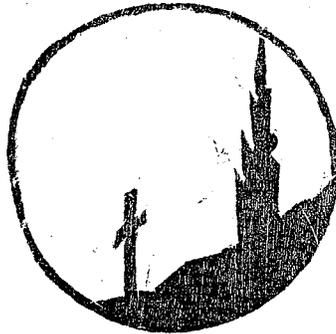
Todos los del solio del gobierno perecieron, inclusive el maligno brujo.

A las cinco de la madrugada, cuando el sol apuntaba sus flechas violáceas, había terminado la última i sangrienta masacre que cuenta con terror la tradición de las playas trasandinas.

La luz iluminó un reguero de desgracias: desaparecieron caseríos, huertos y malezas bajo las llamas del voraz incendio, las enormes palmeras, eran columnas de fuego crujiente; volvió la fuga atronadora de animales; los cedros, titanes de la montaña, desaparecían entre terremotos de ceniza; los impresionantes despojos humanos, eran lámparas

(1)--Costumbre que tienen los salvajes para abrigarse los pies durante el sueño; observan este contrasentido a pesar del intenso calor de la zona.

incandescentes que gemían como ofrendas de sacrificio; las fieras en su rápida huida, robaban girones de carne humeante de las víctimas; entre el césped ennegrecido por las llamas, hundíanse varios tórax abiertos y vacíos en medio de sangre coagulada y quemada: las fieras también saciaron sus hambres i venganzas... La selva quiso purificarse de delitos, quiso renovarse con otros hombres, con otros árboles, con otros pajarillos que no fuesen aquellos testigos de tantos crímenes. No quedaron ruinas siquiera: todo era un amontonamiento de brazas y ceniza.....



INDICE

A manera de Prólogo	Pág.	1
Iguanchi	„	5
La Hormiga Conquista	„	11
Exuberancia	„	16
El Flautero	„	23
Metamorfosis	„	25
El Tambo Legendario	„	33
El Paraíso	„	37
Misterios de la Floresta	„	41
Sacrificio	„	45
La Cabra para el monte tira	„	49
Raza Ignota	„	51